



Los norteamericanos y su manera de entender el mundo actual en la serie *Jack Ryan* (TV, 2018)

Por IGOR BARRENETXEA
MARAÑÓN

Si ha habido personajes paradigmáticos dentro de sagas de novelas o de adaptaciones llevadas al cine, como las míticas *007*, con James Bond, las de *Misión Imposible*, con Ethan Hunt, no cabe la menor duda, que otras de igual relevancia han sido las novelas adaptadas de Tom Clancy, con Jack Ryan, cuyas tramas escogen aspectos del contexto histórico en el que se produjeron, el deshielo, la guerra contra el narcotráfico o el terrorismo irlandés, con filmes que van desde *La caza del Octubre Rojo* (1984) hasta *Jack Ryan: Operación sombra* (2015), en un total de cinco entregas.

La saga de novelas, protagonizadas por este insigne personaje, llegan hasta la número veinte, y en la última de ellas (*Órdenes ejecutivas*) se acaba convirtiendo incluso en presidente de los Estados Unidos.

No hay duda de que el emblemático personaje de ficción

creado por el escritor Clancy ha adquirido su propia entidad y, por eso, la serie es una acertada adaptación que muestra actuales preocupaciones por el terrorismo internacional. La serie cuenta con un buen elenco de actores John Krasinski da vida, de forma convincente, al mítico protagonista. Aunque en las adaptaciones a la gran pantalla se hacía más hincapié en que era Doctor en Historia, aquí se vuelve a su origen, remarcando sus habilidades en el sector de la Economía, e se incide en el trauma vivido por el accidente de helicóptero que le dejó graves secuelas en la espalda (aquí lo explota un niño en Afganistán).

Sin embargo, este enfoque encaja muy bien con el tema, porque como analista de la CIA se encargará de detectar la financiación de células terroristas, un aspecto que, sin duda, es tanto o más importante que su detención sobre el terreno. En ese sentido, el *rejuvenecimiento* del personaje nos ofrece la visión de un contexto presente donde la amenaza del terrorismo global y de los efectos de que estos grupos puedan apoderarse de agentes químicos está a la orden del día. El elenco de actores es completado por Wendell Pierce (James Greer), el nuevo Director de Operaciones de la CIA, agrio y duro, desterrado allí por haber cometido un

error en el exterior, que no se llevará demasiado bien con Ryan, así como Abbie Cornish (Cathy Muller), doctora, experta en las mutaciones del Ébola, con la que tiene un romance. Como enemigo tendrá ante sí a un oscuro

personaje al que tiene que seguir su rastro como va a ser Ali Suliman (Suleiman) y su mujer Dina Shihabi (Hani), además de darse otras historias paralelas.



En los ocho capítulos de la primera temporada se va a perfilar el nuevo mundo que se ha abierto ante nosotros tras los atentados del 11-S, una memoria permanente en EE. UU. y que los servicios de seguridad del país pretenden evitar que se pueda volver a producir luchando, a toda costa contra este letal enemigo global. Así, en cuanto

Ryan descubre movimientos sospechosos en unas cuentas en Yemen, se lo hace saber a su nuevo superior, Green. Pero este no lo considera relevante. Claro que Ryan actúa por su cuenta y, a pesar del disgusto de su jefe, decidirá actuar y enviar agentes sobre el terreno.



La detención de dos sospechosos, en principio, parece conducirles a un callejón sin salida, hasta que se produce un asalto bien coordinado a la base y liberan a uno de los detenidos: al misterioso Suleiman. Acción y tensión se van desgranando a partes iguales, sosteniendo un ritmo trepidante en el que tras la amenaza nos

va descubriendo por qué Suleiman se convierte en terrorista, siendo un hombre con estudios empresariales, pero que, por su ascendencia árabe y musulmán, es despreciado y humillado en Francia, y también su transformación y su radicalización (en la cárcel), hasta el punto en que su mujer, ante su crueldad, decide huir de su lado.

La huida de Hani y su posterior persecución por un sicario de su marido, para matarla y traer de vuelta a sus hijas, muestran las redes mafiosas que hay tanto de prostitución como de huida hacia Europa, además de la indefensión de los civiles en este contexto. La búsqueda de Suleiman y su célula llevan a Ryan y a Greer a distintos países, viendo como no puede evitar un gran atentado en París, propiciado por los acólitos de Suleiman quien tiene unos métodos y estrategias brutales y ambiciosas. El único aspecto increíble de Suleiman es que su grupo une tanto a chiíes como a salafistas y wahabitas suníes, lo cual es un imposible en el

mundo musulmán. Aunque sí se introduce con acierto, el hecho de que Greer sea musulmán, al convertirse tras su matrimonio. Ello es muy importante porque remarca que la lucha no es contra el Islam, sino contra los yihadistas fanáticos. La hábil mirada de Ryan, un hombre que no quiere entrar en acción, pero que se ve forzado a estar en guardia, lleva a ir desvelando el plan maestro de Suleiman, que es preparar un gran atentado que afecta a la seguridad de los EE. UU., con un efecto más devastador que el del 11-S y que ponga en guerra a todo el mundo islámico contra Occidente.



Tal elaborado plan pasa por retener e infectar de Ébola a un grupo de médicos norteamericanos secuestrados y propagar, además, polvo radiactivo por un hospital. La serie pretende no solo ser una mera visión de la lucha del bien contra el mal, sino que matiza, y eso está conseguido, mostrando como el radicalismo de Suleiman se hace y no nace, ni que tampoco los métodos de acción de la CIA son del todo honorables ni

salvaguardan los derechos humanos y que se cometen errores en sus ataques selectivos de drones.

Por supuesto, también se incide en la incidencia del terrorismo global en la cosmovisión y las amenazas que creemos se dan actualmente en el mundo y una de ellas, algo que se repite en esta serie o en otras (como *Fauda*) es el miedo a un atentado químico. La serie de Jack Ryan se puede ver como un simple producto de entretenimiento,

pero es algo más, nos ayuda a comprender las dimensiones del mundo actual y permite ver las crudas realidades con las que conviven otras personas en otras partes del planeta, incluidos los civiles inocentes que están a merced de las infames mafias y, por



supuesto, de los terroristas de turno. Claro que no deja de ser una serie norteamericana, donde parece que el radicalismo nace en Europa, en Francia, más concretamente, y sin ahondar demasiado en sus causas generales y sus razones constitutivas.



Pero si en la 1ª entrega de las nuevas aventuras del personaje inventado por Tom Clancy mostraba a un analista de la CIA versado en finanzas, en vez de en historia militar, cuyo hábil y escurridizo enemigo es un integrista yihadista dispuesto a acabar con Estados Unidos, Suleiman, en un artero plan de introducir un virus mortal, en esta ocasión se desvía la atención hacia otros derrotos muy concretos: Venezuela. El envío de un satélite pirata al espacio, presuntamente, por los rusos, se convierte en el arranque de una trama a la que se ve arrastrado el inquisitivo personaje. Los destinos de James Greer, su antiguo jefe, y él se vuelven a juntar, tras haberse separado, al final de la anterior temporada. A partir de ahí, la trama está trufada de momentos de acción, como era de esperar, técnicamente muy solventes, raudos y llenos de tensión, como cabe exigir en cualquier producto de este género, a costa de adelgazar

tanto la credibilidad que, tristemente, toda ella se vuelve inverosímil.

Por ejemplo, el presidente de Venezuela no es un tal Nicolás Maduro, sino Nicolás Reyes, con el rostro del actor español Jordi Mollà (encasillado en este tipo de personajes), un taimado, cruel y despótico mandatario autocrático que está dispuesto a hacer lo que sea para conservar el poder, aunque eso lleve a la miseria y pobreza más absoluta a su pueblo.

Por supuesto, los rasgos de esta Venezuela se pueden identificar en su apariencia externa con los de la de Maduro, pero bajo el prisma de una realidad distorsionada y simplificada, enfocada al gusto del público estadounidense. Así, los yanquis son los buenos, mientras que los populistas bolivarianos son, claramente, los malos. Ryan descubre que Reyes está trayendo en secreto contenedores que teme contengan armas procedentes de Rusia.



La historia se complica cuando atentan contra Ryan y su amigo, un senador de los EE. UU., al que asesinan, cuando hacen pesquisas sobre los contenedores. Asesinos pertenecientes a los servicios de inteligencia alemanes, incursiones en territorio enemigo, minerales estratégicos, mercenarios

sudafricanos, campos de concentración para disidentes venezolanos, emboscadas, atentados y conspiraciones, son los ingredientes que nos propone. Eso sí, la acción prima sobre la caracterización de los personajes.



Se introducen algunas novedades para dotarle de cierta tensión dramática, como que Green sufre una afección cardíaca y pretende que nadie lo sepa, pero le afecta terriblemente en su labor, hasta casi provocarle la muerte. Se incluye a un nuevo personaje femenino (sin indicarnos qué ha sido de la relación con Cathy Mueller), Harriett Baumann, espía alemana, que está detrás del asesino del senador, Max -



frío y despiadado-, por motivos personales, y se enamorará de Jack. Como subtramas, se añade también la situación en el país venezolano, que se encuentra en pleno proceso electoral. Ahí cobra su interés, Gloria Bonalde, catedrática de Historia, mujer de un disidente desaparecido, que se presenta para disputar a Reyes la carrera por la presidencia, que teme por su vida. Reyes, por supuesto, buscará por todos

los medios evitar su triunfo, negando el descontento social y ocultando que las encuestas le son desfavorables. No dudará en adelantar las elecciones a



En suma, lo que podía haber sido una historia de cierto interés se encamina por unos derroteros que no hay por dónde cogerlos. No deja de ser un subproducto. Tanto es así que Reyes acabará siendo pasto de la justicia popular cuando los venezolanos, hartos de su tiranía y crímenes, asaltan el palacio de Miraflores... (que no es el auténtico, como es lógico, el actual Gobierno de Venezuela, conociendo el guion, no lo hubiera permitido). Mientras, Jack Ryan y el comando que lo acompaña, el mismo que se ha internado en la selva para desvelar el contenido de los contenedores (equipos de minería), en otra escena totalmente chirriante, *asaltan* el palacio presidencial desde el aire para liberar a Greer, que había caído en manos de Reyes. Nadie puede quedar atrás.

Más allá del escasamente pensado guion, donde se inventa un final para la Venezuela de Maduro, perdón, Reyes, late el mismo palpitar de muchas producciones norteamericanas que destilan un narcisismo exagerado,

voluntad y luego, de forma totalmente fantástica ordenar cerrar los colegios electorales en mitad de las votaciones... para impedir la victoria de su rival.



en donde los personajes portan unos códigos de honor y lealtad tan idealistas como heroicos, frente a las tiranías o fanatismos de cualquier signo y clase, o incluso contra las multinacionales, que refuerzan su idea de que son los paladines y guardianes de la libertad. Eso no evita que dejen entrever algunas líneas grises para darle un perfil más auténtico, como la presencia de individuos muy concretos que actúan de forma miserable entre sus propias filas; algunas tensiones y dudas que se acaban solventando y superando porque el éxito confirma el punto de vista del protagonista.

Sin embargo, los malvados de turno, ya sea el denostado tirano o el congresista que ha desviado su camino, acaban en el hoyo o presos, reforzando esta retórica de que, a pesar de todas las dificultades, los *buenos* (ellos o sus aliados) siempre ganan la partida. Y si ganan siempre ¿por qué sigue habiendo tantos conflictos y desigualdades en este mundo como si fueran un bucle que nunca podemos impedir que se detenga?



Es la pregunta que uno podría hacerse y quedarse sin respuesta. Por consiguiente, la deriva maniquea en la que ha recaído la 2ª temporada es preocupante. Es un mero insustancial panfleto antichavista. De acuerdo que es ficción y que está enfocada solo para entretener. ¿Seguro? Todo producto tiene una intención. Y al encontrarse tantos paralelismos con la realidad es evidente que se quieren justificar las políticas de EE. UU. contra la Venezuela de Maduro. Importa poco si lo que se representa en la pantalla es real o no, siempre que lo parezca. Aunque hay que ser muy ingenuo para comparar a Reyes, un malo de opereta, con Maduro, el simbolismo influye.

En todo caso, Jack Ryan parece haber recogido, funestamente, el testigo de otro mito norteamericano, Rambo, menos musculado, eso sí, pero con las mismas garantías de defender de forma activa la patria y la libertad.

T.O.: *Jack Ryan* (TV Series). **Producción:** Productions, Skydance Television.

Distribuidora: Am. Prime Video. Estados Unidos, 2018. Platinum Dunes, Am. Prime Video, Dune Films, Paramount Television, Carlton Cuse Productions, Skydance
Dirección: Patricia Riggen, Daniel Sackheim, Morten Tyldum y Carlton Cuse.
Guion: Graham Roland, Carlton Cuse, Nazrin Choudhury y Daria Polatin. **Música:** Ramin Djawadi. **Fotografía:** Richard Rutkowski, Checco Varese, Christopher Faloona. **Intérpretes:** John Krasinski, Abbie Cornish, Wendell Pierce, Noomi Rapace, Ali Suliman, Emmanuelle Lussier Martinez, Dina Shihabi, Karim Zein, Nadia Affolter, Jordi Mollà, Arpy Ayvazian, Adam Bernett y Amir El-Masry. Temporadas: 2. Capítulos: 16. Duración capítulos: 45 min. **Premios:** Critics Choice Awards (2018) Nominada a mejor actriz secundaria de drama (Shihabi) y Sindicato de Actores (2018) Nominado mejor actor (John Krasinski).

